



## **Tecnologías de la conservación: la angustia, entre la acumulación y el exceso.**

**Resumen:** Se analizan problemáticas que surgen de la incertidumbre que generan los entornos digitales como recursos capaces de registrar de forma perdurable la historia. Se presenta de forma puntual la preocupación de qué y cómo conservar ante la multiplicación del universo textual.

### **Introducción:**

Uno de los temas que se abordarán en la 3º Jornada sobre Bibliotecas Digitales Universitarias es la conservación y la preservación de recursos digitales. Desde el punto de vista técnico, en todo lo relacionado con los procedimientos, los métodos y las prácticas que se orienten a la conservación, la tarea por realizar es ardua. No menos ardua es la tarea que debemos afrontar en materia de reflexión. En el marco de éste último punto de vista, se procurará desarrollar el presente trabajo.

El título “Tecnologías de la conservación: la angustia, entre la acumulación y el exceso” puede sugerir una infinidad de conjeturas. En este caso, tomaremos como punto de partida algunas características de la sociedad moderna actual que inciden fuertemente en la biblioteca y buscaremos en la historia sucesos que nos permitan reflexionar sobre este presente.

### **Tecnologías de la conservación.**

Comenzaremos con una cita que nos permita describir la condición de *fluides* de los tiempos en que nos toca vivir. En palabras de Zygmunt Bauman:

“Es comprensible que Rockefeller haya querido que sus fábricas, ferrocarriles y pozos petroleros fueran grandes y robustos, para poseerlos durante mucho tiempo, mucho tiempo (para toda la eternidad, si medimos el tiempo según la duración de

la vida humana o de la familia). Sin embargo, Bill Gates se separa sin pena de posesiones que ayer lo enorgullecían: hoy, lo que da ganancia es la desenfrenada velocidad de circulación, reciclado, envejecimiento, descarte y reemplazo –no la durabilidad ni la duradera confiabilidad del producto-. En una notable inversión de la tradición de más de un milenio, los encumbrados y poderosos de hoy son quienes rechazan y evitan lo durable y celebran lo efímero, mientras los que ocupan el lugar más bajo –contra todo lo esperable- luchan desesperadamente para lograr que sus frágiles, vulnerables y efímeras posesiones duren más y les rindan servicios duraderos” (Bauman, 2005. p. 19).

Nada de lo que expresa el sociólogo nos es ajeno. Es evidente que las bibliotecas y, más allá de ellas, todas las instituciones (como el archivo) que han hecho y hacen posible la conservación de la cultura escrita, no están, y no deben estar, precisamente del lado de los encumbrados, a quienes la condición fugaz y efímera los mantiene, paradójicamente, en el poder. El objetivo de la biblioteca parece ser, hoy más que nunca, la lucha contra dos riesgos: por una parte, evitar la pérdida de inteligibilidad del mundo impreso, es decir, conservar la imagen de ese mundo, sus prácticas y representaciones. Por otra, la fluidez digital supone el riesgo de una historia contemporánea sin memoria documental, los soportes, las versiones de software y los equipos necesarios para reproducirlos cambian a cada amanecer; en esa velocidad de movimiento nace la incertidumbre por lo que es y lo que no es perdurable, por lo que tiene la capacidad de registrar la historia y lo que no (Aguado, 2000). Estamos, o así me parece percibirlo, del lado de quienes luchan por lo duradero (no en un sentido retrógrado), para que los reflejos de las acciones humanas, que perduran en el tiempo gracias a la escritura y sus soportes (también, pero en menor medida, a la cultura oral), realmente perduren.

Walter Ong declara que “La escritura, la imprenta y la computadora son, todas ellas, formas de tecnologizar la palabra” (Ong, 2000. p. 87). Sin duda, la más radical de estas tecnologías es la escritura, ya que, y como indica el autor, *la escritura reestructura la conciencia*.

Estas tecnologías obran en servicio de la historia humana; son, en algún punto, *tecnologías de la conservación*. Esto cobra sentido al considerar que, por su condición, posibilitan registrar en un medio exterior al sujeto, un soporte u objeto presuntamente duradero, el reflejo de la experiencia humana a través del relato escrito. Borges dice que “De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo (...). Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y la imaginación” (Borges, 1979. p. 13). Estamos considerando al libro, o cualquiera de las formas que se vinculan con lo escrito, como una tecnología particularmente especial. No tenemos duda sobre la bondad (salvo algunas excepciones) de la escritura y la imprenta, y lo que se ha perdido con el paso de los años ya no tiene remedio. Pero de lo digital, de ese mundo efímero y *líquido* que lo digital representa, aún estamos a tiempo de hacer algo, pero tenemos nuestras sospechas y nuestros miedos. Miedos justificados, quizá, por su novedad. Los mismos miedos que sintieron algunos letrados cuando irrumpió en el mundo occidental la imprenta, y que hizo que los manuscritos siguieran circulando mucho tiempo después de la invención de Gutenberg. La historia no es sólo la historia de las rupturas, sino también de las continuidades.

Ghonaimy (1997), en un interesante artículo sobre tecnologías para la preservación de información, enumera algunos factores que deben tenerse en cuenta para llevar adelante la difícil tarea de conservar el material digital:

1. Incremento en el volumen de información.
2. Incremento de nuevos medios y procedimientos de almacenamiento.
3. Facilidad para la duplicación.
4. Baja duración de los medios de conservación.
5. Mayor complejidad en el manejo y preservación de los medios.
6. Múltiples formas de producir y presentar información (multimedia).

## 7. Dependencia de los medios con respecto a sus equipos de reproducción.

En síntesis, un panorama muy complejo. Quisiera tomar una frase del autor que sigue a este párrafo: "...si por alguna razón una nueva tecnología reemplaza a la antigua usada en la grabación original, entonces la transcripción de todos los registros debería realizarse usando tanto la nueva tecnología como los nuevos medios" (Ghonaimy, 1997). De esto surgen algunas preguntas: ¿Qué debemos hacer con el viejo soporte y su correspondiente equipo de reproducción? Conservarlo es la primera respuesta que se nos ocurre. ¿Cuánto tiempo tardará, entonces, la biblioteca en convertirse en depósito de pretéritas tecnologías? (Aguado, 2000). Este es uno de los problemas centrales que trae aparejada la disociación del texto y su soporte. Ya no basta con saber leer para poder apropiarse de algunos conocimientos; se debe contar también con el complejo equipamiento tecnológico necesario que haga inteligible la información digital y con las habilidades mínimas para poder manipularlo. La biblioteca también debe tener presente estos aspectos.

Si, como sugiere Ghonaimy, migramos la información de un soporte a otro sin dar mayor importancia a su forma original, debemos hacer una atenta observación de algunos problemas. No quiero efectuar comentarios sobre los impedimentos económicos que esto supone (sobre todo para los países de estas latitudes), ni tampoco referirme a las nuevas prácticas bibliotecarias que ésta actividad requiere (constante actualización, especialización, etc.). Sí me interesaría destacar que un texto deja de ser el mismo texto cuando cambia de forma, no existe una equivalencia; debemos "considerar que las significaciones de un texto dependen de las formas a través de las cuales es recibido y apropiado por sus lectores" (Chartier, 1992. p. 107). Los textos no son ideas separadas de la materialidad: las formas contribuyen a la construcción de sentidos. Un cambio de soporte, del impreso al digital por ejemplo, representa una significativa transmutación que se puede observar en distintos órdenes: más allá del soporte propiamente dicho y los sistemas de reproducción, también se generan entradas multiplicadas (que desintegran la unidad textual del impreso), nuevos públicos, interpretaciones y status bien diferenciado; en síntesis, hay muchos aspectos que

podemos señalar para indicar que un texto no es la misma cosa fuera de su forma original y que, en un momento dado, lo importante es brindar acceso a esa forma. Por ello debemos tomar ciertas precauciones: no podemos mudar la información de un lado a otro con tanta liviandad, no podemos prestarnos a la *fluidéz* que nos proponen los mercaderes informáticos. Es necesario reflexionar sobre éstos temas.

“Las bibliotecas se aseguran de que sus materiales tradicionales se mantengan en forma adecuada mediante programas de encuadernación y preservación<sup>1[1]</sup> (...). [Pero] hoy, hay varias cuestiones no resueltas relativas al archivo/preservación de los recursos de Internet: ¿Quién se encargará del archivo? ¿Los creadores del recurso, las bibliotecas, consorcios, agencias nacionales o regionales? ¿Qué recursos se archivarán? ¿Por cuánto tiempo? ¿Qué métodos de archivo se usarán? *Existe una verdadera preocupación de que los recursos de Internet no archivados puedan, con el tiempo, desaparecer de los anales eruditos*” (Nisonger, 1996 [las cursivas son mías]). Extendiendo estos conceptos al ámbito más amplio de los recursos digitales, podemos enfocar claramente el problema actual de la conservación. Pero para tener una cabal idea o, al menos, una aproximación de lo que significa *conservar*, es necesario realizar una historia de larga duración, recorrer algunos intersticios y develar intrincadas relaciones. La tensión entre la acumulación y el exceso, es parte de esa historia.

### **Entre la acumulación y el exceso.**

“...el sueño de una biblioteca que reúna todos los saberes acumulados, todos los libros jamás escritos, atravesó la historia de la civilización occidental” (Chartier, 1994. p. 69). Este es el sueño de la exhaustividad, el sueño de Alejandría y de tantas otras empresas, el mismo sueño que

---

<sup>1[1]</sup> Un ejemplo concreto es el programa *Apadrine un Libro*, llevado adelante por la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

comenzó a desvanecerse cuando la imprenta abolió la estrecha posibilidad de una colección universal: reunir el patrimonio escrito, físicamente, se hizo imposible.

Roger Chartier (1994) señala que, para controlar, clasificar y jerarquizar la masa de textos multiplicados por la imprenta entre los siglos XVI y XVIII, aparecieron catálogos, bibliografías, extractos y otras colecciones que se llamaron bibliotecas y que no eran ya lugares físicos, sino reuniones de autores y títulos construidas sobre papel. Estas bibliotecas albergaron una nueva posibilidad de contener, al menos virtualmente, todo lo escrito hasta entonces. Ese sentido tuvo la obra de Gesner, pero, como esta, también otras fracasaron al intentar reunir *todo* el material existente.

La conservación exhaustiva requiere necesariamente un proceso de acumulación. Mucho tiempo después de la imprenta, en las últimas décadas del siglo XIX, la invención del monotipo y, más tarde, del linotipo acentuaron la sobreabundancia de títulos y la inquietud por la pérdida de lo escrito en ese universo multiplicado de textos. La dicotomía entre acumulación y exceso exige seleccionar una parte de ese universo para poder administrar, organizar y dominar la producción textual.

Hoy, los soportes digitales han renovado la inquietud por el exceso, con el agravante que sugiere la incertidumbre por la durabilidad. El temor es desear conservar un texto y no poder hacerlo, sea porque éste se haya fugado o extraviado en la infinita red o sea, simplemente, porque no podamos reproducirlo por carecer de los equipos necesarios. Para los soportes digitales, la selección también parece ser la síntesis entre acumulación y exceso.

### **La selección como síntesis.**

En la introducción a sus *testimonios tangibles*, Nora Catelli dice que “Antes se creía que la lectura salvaba al individuo, ahora que la acumulación institucional salvará la lectura; por eso, nuestra obsesión actual es la biblioteca, su conservación o su destrucción (...). Sin embargo la acumulación institucional conlleva un peligro: no sólo custodia lo sublime, sino que aloja también

lo abyecto. Pero ¿Qué es lo abyecto?” (Catelli, 2000. p. 26). Si bien Catelli está pensando en la destrucción de la lectura como búsqueda individual, más que en el proceso acumulación-exceso que describimos antes (del cual no es ajena), aquí sus palabras nos sirven como disparadores: ¿Qué debemos conservar de todo lo que hay en circulación? ¿Qué nos indica la relación de jerarquías entre un corpus de texto y otros? ¿Qué es lo sublime y *qué es lo abyecto*? Estas preguntas nos llevan directamente al centro del debate por el canon.

Pero hay también otros aspectos, ya fuera del debate general por la construcción de cánones, que operan en el centro de las prácticas bibliotecarias y que afectan al proceso de selección, uno de ellos, y quizá el más importante, es la cuestión presupuestaria. William Monroe (1996), en un artículo dedicado al papel de la selección en el desarrollo de colecciones<sup>2[2]</sup>, señala constantemente el precario presupuesto bibliotecario como su principal obstáculo. Bajo esta óptica destaca la *importancia de la selección*, no sólo como proceso de elección de un ítem particular sobre un universo mayor, sino también como descarte, o como él lo denomina, *deselección*: proceso en el cual se somete a selección aquellos títulos que la biblioteca ya tiene en su colección y que, por deterioro o desuso, son retirados para que su lugar sea ocupados por libros más “útiles”. Que libro es útil nos devuelve a la cuestión del canon.

La preocupación por la selección no es sólo una tarea bibliotecológica ni mucho menos, es una parte importante de la cultura escrita y encierra a muchas disciplinas.

### **El fin de la dicotomía: una posibilidad utópica.**

---

<sup>2[2]</sup> Últimamente se ha consolidado el término “Gestión de Colecciones”, tanto es así que ya figura en algunos planes de estudios universitarios como asignatura (ejemplo de ello es el Plan 2004 de Licenciatura y Profesorado en Bibliotecología y Ciencia de la Información de la Universidad Nacional de La Plata).

Siguiendo la línea argumentativa de Chartier (1994), encontramos una propuesta, que indudablemente está bajo la categoría de utopía, que indica la posibilidad de abolir la contradicción que supone la acumulación y el exceso. Esta posibilidad, nunca antes dada en la historia de la cultura escrita, se produce al disociar el texto de su materialidad. El soporte digital permite leer un texto sin que éste se encuentre en el mismo lugar. El problema de su almacenamiento, de su conservación, no reside en el espacio físico que ocupa, sino en las condiciones que se requieren para ser reproducido tantas veces como sea necesario. Cito las palabras del autor:

“El sueño de fines del siglo XX es poder superar la contradicción que durante tanto tiempo ha atormentado la relación que los hombres de Occidente establecieron con el libro. La biblioteca del futuro, tal como se esboza, es, en un sentido, una biblioteca sin muros, como las construidas sobre el papel por Gesner (...). Pero, a diferencia de sus catálogos, que proporcionaron nombre de autores, títulos de obras, a veces sumarios o extractos, está inscrita en un lugar donde todos los textos pueden ser convocados, reunidos, leídos en pantalla. En el universo de la comunicación a distancia (...), los textos ya no son prisioneros de su materialidad original (...). Así queda la posibilidad de anular la oposición, considerada insostenible, entre el mundo cerrado de toda colección (...) y el universo infinito de todos los textos jamás escritos, puesto que al catálogo de todos los catálogos que inventaría idealmente la totalidad de la producción escrita, puede en lo sucesivo corresponder la universal disponibilidad de los textos ya consultables allí donde se encuentre el lector” (Chartier, 1994. p. 90).

¿Tenemos en verdad la posibilidad de suprimir la contradicción entre acumulación y exceso? ¿Es posible pensar la cultura escrita sin esta dicotomía y sin la selección como síntesis? La tecnología ciertamente se nos muestra como una posibilidad, pero al mismo tiempo parece cancelar ésta oportunidad a través de una trama infinita de textos extraviados y efímeros. Tampoco podemos olvidar los



obstáculos que impone el mercado y sus ambiciones lucrativas. La cuestión está abierta.

**Contexto actual: postergar la utopía.**

Tendemos a pensar que la sobreabundancia de información es un tema que nos empezó a preocupar hace algunas décadas, pero hemos observado que, salvando las distancias y las características de cada fenómeno para evitar anacronismos, la pregunta por cómo hacer para dominar la gigantesca producción textual ha recorrido buena parte de la historia. La conservación de esa producción textual es, necesariamente, acumulación, y ésta se traduce finalmente en temor al exceso. Hasta hoy la selección fue la síntesis superadora de esa dicotomía y, si bien tenemos algunas perspectivas bajo formas de pensamientos utópicos sobre el rol que puedan cumplir las tecnologías para suprimir esa contradicción, el contexto actual nos muestra que por el momento es imposible. Debemos considerar que, como afirma Monroe (1997), las bibliotecas siempre se caracterizaron por ofrecer selectividad y organización. Hoy es el rasgo que hace valiosa a esta institución por sobre otros “depósitos de información” (a saber, Internet).

**A modo de conclusión:**

La conservación de recursos digitales no es sólo una cuestión de soportes y migraciones de información: es un problema cultural, un problema de nuestra cultura escrita, y como tal, merece ser objeto de reflexión.

Los recursos digitales son una forma más de tecnologizar la palabra y, como otras tecnologías, generan inquietudes cuando irrumpen en escena. Desde el punto de vista de la conservación hay un hecho inédito: sabemos poco sobre su durabilidad, de su garantía como registro de la historia. Todas las tecnologías pretéritas quitan eso que la palabra oral tiene de *alado*,

fijan con seguridad, en un objeto exterior al sujeto, el producto de su intelección. Tenemos motivos para pensar que lo digital tiene algo de alado; sólo basta observar, por ejemplo, los cambios que hay día a día en una página Web o en las diversas versiones de un mismo programa. Por ello nos preguntamos quién o quiénes, además de la biblioteca y el archivo, deben tomar parte en este asunto; qué soportes son los adecuados; cuánto tiempo transcurrirá antes de ser reemplazados o que lleguen al final de su vida útil; cómo asegurar el acceso al soporte original y qué conservar son, entre otras, preocupaciones que giran en torno a los recursos digitales como registros de la historia, que aún no tienen respuesta concluyente.

### **Bibliografía:**

- Aguado, Amelia. *Recursos electrónicos y bibliografía*. En: Actas de las 5. Jornadas Nacionales de Bibliografía . Mar del Plata, 2000. (CD-ROOM).
- Bauman, Zygmunt. *La modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Borges, Jorge Luis. *Borges, oral*. Buenos Aires: Emecé ; Editorial Belgrano, 1979.
- Catelli, Nora. *Testimonios tangibles: Pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna*. Barcelona: Anagrama, 2001.
- Chartier, Roger. “El orden de los libros: Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII”. Barcelona: Gedisa, 1994.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación: Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 1992.
- Ghonaimy, M. Adeb R. “Tecnologías existentes y en desarrollo para la preservación de información a largo plazo y las exigencias legales que la fundamentan”. En: *Internacional information and librarianship review*. Nº 29, 1997. (Traducción: Amelia Aguado).
- Monroe, William S. “El papel de la selección en el desarrollo de colecciones: pasado presente y futuro”. En: Gorman, G. E. y Ruth H. Millar. *Collection Management for the 21st Century: A Handbook for Librarians*. Westport, Connecticut; London: Greenwood Press, 1996. 105-118. (Traducción: Amelia Aguado).
- Nisonger, Thomas E. *Internet y gestión de colecciones en las bibliotecas académicas: oportunidades y desafíos*. En: Gorman, G. E. Y Ruth H. Millar. *Collection Management for the 21st Century: A handbook for Librarians*. Westport, Connecticut; London: Greenwood Press, 1996. (Traducción: Amelia Aguado).
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.